

LA DICTADURA PEDAGÓGICA

UN PROYECTO DE REVOLUCIÓN CULTURAL

BLAS
INFANTE
PÉREZ



Prólogo:
«UN PUEBLO NO SE IMPROVISA»

PURA SÁNCHEZ

Estudio introductorio:
APROXIMACIÓN A LA DICTADURA PEDAGÓGICA.
CLAVES PARA SU LECTURA

MANUEL HIJANO DEL RÍO



Centro de Estudios Andaluces
CONSEJERÍA DE LA PRESIDENCIA,
ADMINISTRACIÓN LOCAL Y MEMORIA DEMOCRÁTICA



Edita:
Fundación Pública Andaluza Centro de Estudios Andaluces,
Consejería de la Presidencia, Administración Local y Memoria Democrática,
Junta de Andalucía

© De los textos: sus autores, 2018.
© Fundación Pública Andaluza Centro de Estudios Andaluces
Bailén, 50 — 41001 Sevilla
Tel.: 955 055 210
Fax: 955 055 211
www.centrodeestudiosandaluces.es

Primera edición, julio de 2018

ISBN: 978-84-948688-3-2
Depósito legal: SE 1204-2018

Índice

Prólogo

«Un pueblo no se improvisa» <i>Pura Sánchez</i>	9
--	---

Estudio introductorio

<i>Aproximación a La Dictadura Pedagógica. Claves para su lectura</i> <i>Manuel Hijano del Río</i>	15
1. Introducción: primer acercamiento a <i>La Dictadura Pedagógica</i>	15
2. El andalucismo a comienzos del siglo xx	17
3. La educación en Andalucía en el primer cuarto del siglo xx	28
4. Blas Infante y educación. Pedagogía y andalucismo	36
5. Utopía y educación	38
6. La Dictadura Pedagógica: una propuesta de nueva educación para la Humanidad	44

Bibliografía básica	51
---------------------------	----

La Dictadura Pedagógica

Blas Infante Pérez	55
Introducción	59

Parte I	69
Marx y la creación del alma comunista	71

Parte II	93
Capítulo 1. La Dictadura Pedagógica	95
Capítulo 2. Fundamento de la Dictadura Pedagógica	99
Capítulo 3. La reforma fundamental	119
Capítulo 4. La base del comunismo integral	125

Capítulo 5. De cómo llegará a establecerse la Sociedad comunista.....	133
Capítulo 6. De cómo llegar al comunismo en cuanto a los valores económico-sociales	139
Capítulo 7. De cómo llegar al comunismo, en cuanto a los valores económicos individuales. La Hermandad, alma de la Sociedad comunista.....	147
Capítulo 8. De cómo llegar al comunismo en cuanto a los valores económicos individuales. Como vendríamos a forjar los maestros de la hermandad.	163
Capítulo final. De cómo llegar al comunismo, en cuanto a los valores económicos-individuales (continuación). Segundo problema fundamental	175
Recapitulación	189
Anexo. Prólogo de José María de los Santos López [a la edición de 1989]	195

Prólogo

«Un pueblo no se improvisa»

Pura Sánchez
Docente e investigadora
Fundación Blas Infante

1. *La Dictadura Pedagógica, el texto de un pedagogo apasionado*

EL TEXTO INFANTIANO OBJETO DE esta edición quizás pueda presentar para el lector actual algunas dificultades, pues se trata de un texto literario, al estilo de 1921, con un lenguaje metafórico y apasionado, rasgos ambos bastante inusuales en los textos de carácter político y, más aún, en los textos pedagógicos.

La pasión que recorre el texto, evidente en muchos de sus párrafos, tiene su origen tanto en el empeño de Blas Infante por regenerar y cambiar un país y un pueblo, como en la confianza en su «proyecto» para llevar a cabo dicha transformación regeneradora. Por ello, su exposición apasionada resulta ser un instrumento de primer orden para intentar llevar a sus lectores a compartir sus convicciones, no por la vía de la retórica sino por la de la pedagogía. Porque es sabido que los buenos maestros suelen dejar huella en sus discípulos no solo por su rigor intelectual, sino por la capacidad de transmitir sus enseñanzas con la pasión que emana de su propio convencimiento.

El texto, muy bien estructurado, parte del análisis de la realidad más inmediata para hacer una crítica de la misma e ir exponiendo ideas y propuestas que son, ni más ni menos, el tejido de la utopía transformadora en la que Infante creía. Y para tejer esa utopía se convertirá él mismo en pedagogo, sirviéndose de elementos sencillos pero muy eficaces a la hora de hacerse entender y de convencer.

Es habitual que el autor refiera tanto historias, tomadas en ocasiones del imaginario popular, como mitos clásicos, que alterna con referencias a campos diversos del saber. Todo ello conforma un corpus de ejemplos, al estilo de los *exempla* medievales, que resulta muy esclarecedor para la comprensión de sus postulados. Así, ejemplifica con un análisis del cristianismo el error que, en su opinión, supone que Marx y los marxistas confíen en la Providencia «inexistente» de la Historia para llevar a cabo la encarnación de sus ideales. Ejemplos, comparaciones, relatos mitológicos, que abundan, no por casualidad, precisamente en el capítulo VII, en el que desarrolla su proyecto de «La Hermandad como arma de la Sociedad Comunista». Con el mismo afán clarificador, se sirve de las citas, sin pedantería, de las preguntas retóricas, con las que interpela a los lectores, y de los diálogos con supuestos comunicantes. Así va construyendo un edificio en el que cada paso, cada peldaño en la exposición argumentativa, se anuncia en el resumen de la idea anterior.

El Infante pedagogo, consciente de la perversión del sentido en algunos de los conceptos que maneja, también recurre a las definiciones para dotar de bases sólidas al edificio conceptual que quiere construir. Así sucede cuando habla de Revolución —«una Revolución verdadera no es más que un fenómeno de fatalidad de justicia, de libertad de belleza, de encarnación de Verdad...»— o de las dos grandes reivindicaciones de toda revolución «verdadera»: la Igualdad y la Libertad.

En la introducción, Blas Infante explicita el posicionamiento desde el que va a abordar su «proyecto», considerándose «amigo» y «soldado» de todas las revoluciones y de todos los «poderes revolucionarios», una declaración honesta de su posición política e intelectual, seguida de la no menos importante afirmación de no ser sectario, ni proletario ni burgués. Simplemente, hombre. Un hombre, como él lo entiende, forjador de la historia y no al contrario. Porque «La Historia no es un ser, es la expresión de la vida de un ser». Y, a continuación, explicitará el objeto de su obra: «contribuir a la construcción de cauces nuevos, partiendo de la concreción de la meta de los destinos humanos y de la del pensamiento comunista».

Así pues, tanto en el contenido como en la metodología, estamos ante un texto pedagógico, obra de un pedagogo. Hoy, el término *pedagogo* y la realidad a la que alude, a pesar de lo necesitados que andamos de pedagogía, suele provocar recelo o rechazo. Y no sin razón. En buena medida, porque se ha responsabilizado a los pedagogos de muchos males de la educación, lo que, si bien no es cierto en términos generales, sí se explica por el uso que desde el poder se ha venido haciendo tanto de los pedagogos como de las teorías pedagógicas para justificar medidas políticas claramente injustificables, que han representado, y siguen representando, un atentado contra la educación entendida como un derecho y como el instrumento para formar personas con conciencia crítica.

La Dictadura Pedagógica es un texto pedagógico por creativo, en el sentido que lo entienden, desde la pedagogía crítica, Paulo Freire y otros. Porque se trata de un texto cuajado de propuestas, desde el capítulo primero, a partir de una radical humildad, que establece un diálogo entre iguales, con «comunicantes», trasunto de los lectores mismos, cuyas objeciones toma como pie para seguir construyendo, paso a paso, los argumentos en favor de esa «dictadura». Un ejercicio de pedagogía creativa, llevada a cabo por un pedagogo, en el sentido que Infante le da en el libro, que no es otro que el de «escultor de conciencia» y «creador de humanidad». Una pedagogía alejada, por tanto, de quienes la consideran un conjunto de didácticas, de técnicas de aprendizaje puestas en práctica por aquellos que, desentendiéndose de lo que enseñan, vienen a ejercer el papel de esclavos, como en la acepción primera de *pedagogo*, de meros acompañantes del niño a una escuela que no enseña saberes relevantes para la vida sino valores de supervivencia y sumisión.

2. Definición renovada de conceptos. Crear al nombrar

El texto trata de redefinir o, mejor, de recuperar, tres conceptos fundamentales, cuyo significado ha quedado desdibujado o incluso pervertido en el devenir histórico.

El primer concepto sobre el que hay que detenerse forzosamente es el de «dictadura», un término de connotaciones históricas negativas que, cuanto menos, choca que Blas Infante lo utilizara con tanta entidad como para ponerlo en el título de su obra. Sin embargo, este término adquiere su sentido cuando leemos en el capítulo I la crítica que hace tanto a la dictadura burguesa como a la dictadura del proletariado. Además de señalar el carácter plutocrático de la dictadura burguesa, de la que se declara abiertamente en contra, hace un extenso análisis de la dictadura del proletariado, tanto más clarividente si se tiene en cuenta que solo separan cuatro años este texto de la Revolución bolchevique de 1917.

La razón fundamental por la que Blas Infante rechaza los derroteros de la Revolución Rusa es por la incapacidad, ya entonces evidente para Infante, de que la dictadura del proletariado creara «el alma de la Sociedad comunista». Y esto lo afirma porque la revolución, lejos de servir para crear la sociedad comunista, dirige sus pasos a conseguir «conservarse», consagrando este medio como un fin en sí mismo y sacrificando a este objetivo principios tan fundamentales como la igualdad, el carácter incluyente, la socialización de los medios de producción, la libertad de pensamiento o «el derecho de los grupos humanos a definirse por sí». Todo «por conservarse», cayendo, de hecho, en

todos los vicios de la sociedad que pretendía combatir y superar con su revolución: «*La Providencia de la Historia*, lejos de ofrecer ocasiones propicias para la construcción de la sociedad comunista, viene a imponer a la Dictadura del Proletariado la necesidad de haber *por conservarse*, de negar casi toda la obra de la Revolución».

Por tanto, es en este contexto en el que Blas Infante habla de Dictadura, donde no se comprende esta como la liquidación de la igualdad o la libertad, o del derecho de los grupos humanos a definirse por sí, sino como una dictadura que debe conducir a los espíritus a su mayoría de edad, que se sirva del entramado legal como de un «ayo accidental»: «Dictadura consciente de la Humanidad que se dirija inflexiblemente a sus destinos. *Dictadura Pedagógica*, revolucionaria, que tenga por fin la creación humana, concepto uno con el de la felicidad de los hombres. Esto es, aumentar las riquezas de su espíritu y el poder para liberarlas». En definitiva, una dictadura de «Gobernantes que sean Maestros, Estado que sea Escuela, Política que sea arte de Educación».

El segundo concepto que se define en esta obra es el de comunismo, al que sitúa en la cumbre de esa sociedad futura, una cumbre que es preciso escalar sin saltos, un «comunismo de amores», en el que se den la unidad de fin y la unidad de anhelo; que tenga la solidaridad como principio inspirador y, entre sus objetivos, la conversión de «la manada» en «sociedad consciente». Una sociedad guiada por principios de índole moral, cuya «alma» «no puede ser obra de un Poder ordenado por la conciencia particularista de una *clase social*». Y el único medio para «aclarar» el ideal de la Sociedad Comunista es la educación. De ahí que, con toda lógica política, Blas Infante, adjetive su dictadura de «pedagógica».

El tercer concepto que Blas Infante interpreta es el de *utopía*. En principio, el concepto está utilizado por el autor en el sentido clásico. De ello da fe precisamente el subtítulo de la obra «Un proyecto de revolución cultural». Porque la utopía no es, como se suele interpretar, de modo bastante interesado, una sociedad ideal, justa y ausente de conflictos y, precisamente por ello, inalcanzable. Una utopía es un proyecto, perfectamente realizable, tanto más cuanto que la utopía infantiana de la «Dictadura Pedagógica» no está pensada en un territorio imaginario, sino que este proyecto se piensa desde Andalucía. «¿No os dais, además, cuenta de que estáis en España y en Andalucía?» se pregunta y nos pregunta Infante. Esta pregunta convierte la utopía de Blas Infante en un proyecto realizable, porque parte de la conciencia y el conocimiento de la realidad más cercana y más concreta. No se trata de castillos construidos en el aire; no se trata del proyecto ilusorio de un «iluminado». Y a la pregunta sigue una afirmación rotunda: «Un pueblo no se improvisa. Es la estatua que más se tarda en modelar, la que más constancia y derroches de inspiración requiere».

Con esta rotunda afirmación, con esta convicción, se nos descubre el núcleo de la utopía, el objetivo fundamental de este proyecto de revolución cultural. Un proyecto para construir, que debe renunciar a «fijar de antemano las líneas de su organización», por «inútil y perjudicial». Una utopía en la que laboren hombres de inteligencias clarividentes, voluntades férreas y corazones sensibles. Hombres para forjar esa aristocracia del cerebro y del corazón, esa realeza natural, frente a las realezas fingidas de los herederos por sangre o de los plutócratas, esta «aristo-democracia» que dirija la dictadura pedagógica y venga a «redimir necesariamente el concepto de la política», entendida como el «arte de remover en cada momento histórico el obstáculo que se oponga al triunfo o aplicación de hecho del ideal social progresivo, *produciendo la menor conmoción posible*».

Y para lograr esta utopía, esta Sociedad Comunista, el único medio es la educación. Este es su papel preponderante y dignísimo: aclarar el ideal transformador, procurando que arraigue en las inteligencias. Y lograr escuelas que enseñen a ser hombres. Sencillamente. Se necesitan «Escuelas de la Hermandad». Se necesita una generación de progenitores que lo sean no solo de la carne, sino también del espíritu. Porque «solo la grandeza del espíritu es inmortal...». Progenitores que hagan de sus hijos hombres y mujeres fuertes, luchadores, altruistas, porque «sus hijos son su propia vida futura».

3. Andalucía hoy, en relación a la utopía infantiana

Hoy cabría preguntarnos, como cuestión general, si los años que nos separan de la aprobación del Estatuto de Autonomía para Andalucía se han encaminado en lo político, en lo social y en lo cultural, a modelar, con constancia e inspiración, al pueblo andaluz. Y si las políticas y actuaciones del Estado español y de la Junta de Andalucía se encaminan, en el futuro que prevemos, a la consecución de la utopía que planteaba en este libro Blas Infante. Porque dependiendo de la respuesta a esta pregunta podremos calibrar si nuestros pasos, en estas décadas de autonomía, y en el futuro próximo, se han dirigido o se dirigen a la consecución de la utopía infantiana o, por el contrario, van en dirección opuesta.

Cabe preguntarse si existe en Andalucía esa «aristo-democracia», llamada a llevar a cabo la revolución cultural que nos convierta en una sociedad libre, justa e igualitaria, labor progresiva en la que «no se deben dar saltos» y en la que es «inútil» y hasta «perjudicial» fijar de antemano líneas de organización. O si, por el contrario, habita entre nosotros una especie de mediocre-democracia, tanto por la calidad democrática de las instituciones como por el nivel moral e intelectual de quienes ostentan la representación del pueblo andaluz.

Cabe preguntarse si estamos gobernados por «Gobernantes que sean Maestros» o, por el contrario, sigue vigente el retrato que trazara Infante, en 1921, referido a los políticos: «...un político es, como generalmente sucede en España, un animal inconsciente y ladrón que roba y pisotea al pueblo desgarrándole con sus uñas, rapaces, sin otros métodos pedagógicos y educadores que el libro del Código Penal y el arma de la Guardia Civil».

Cabe preguntarse si la política que se practica es «arte de Educación» o un arte de manipulación. Si creemos que el noble arte de la política así entendida es el que se lleva a cabo y tiene su reflejo en el BOJA, pensando que este es un instrumento de transformación política y social.

Cabe preguntarse si la educación que se practica en nuestras instituciones escolares es ese instrumento para la creación de conciencia. Y porque «un pueblo no se improvisa», deberíamos también preguntarnos cuánto distan los hombres y mujeres que producen los colegios, institutos y universidades de Andalucía de ser esos «hombres [y mujeres] de férrea voluntad para gobernarse a sí mismos; hombres [y mujeres] de fiera dignidad que no aguanten ningún señor».

Cabe preguntarse si en nuestras aulas se sientan escolares guiados por «escultores de una gran conciencia» y «creadores de humanidad» o por técnicos a quienes se exige aplicar sumisamente las políticas educativas dictadas por las instituciones que gobiernan la globalización neoliberal. Cabe preguntarse cuándo y cuánto se ha olvidado la digna labor de crear humanidad, ocupados y distraídos en la tarea de adiestrar en «competencias y habilidades» para formar a batallones de trabajadoras y trabajadores sin conciencia social ni pensamiento crítico y fácilmente reemplazables, tal como demanda hoy una economía dependiente como es la andaluza.

Cabe preguntarse si no habremos consentido que se rehúse al objetivo de construirnos como pueblo: un objetivo tanto más necesario cuanto que *«un pueblo no se improvisa»*.